

un entrecruce de los elementos formales que dan al espectador la sensación de dinamicidad.

En otra parte de la conferencia ha parecido recomendar una vuelta a los cánones que presidieron las obras de los pintores clásicos. Un retorno a la composición, a la gramática del color, a la perspectiva y, sobre todo, al constructivismo de Cézanne y de Renoir. Delacroix ha sido exaltado como uno de los artistas que iluminan toda una época.

Hemos escuchado una bella lección de estética.

Exposición Cabanas Oteiza

<https://doi.org/10.29393/At204-13ECAR10013>

En una galería de la calle Agustinas ha colgado sus obras el pintor español A. Cabanas Oteiza.

Ante una tan mediocre prueba del arte peninsular, precedida la temporada última por las telas de Flores Kaperoxipi, Sangroniz y Ramón de Zubiaurre, hemos de pensar que el arte tradicional hispano ha entrado en una lamentable y fatal decadencia. Todo esto suena a falso, a una agonía irremediable en la que se debate—sin resistirse a desaparecer—la pintura valedudinaria y anacrónica de los viejos moldes que fueron barridos enérgicamente por el aliento vital de una pintura joven, cuyos representantes son: Picasso, Dalí, Rodríguez Luna, Climent, etc.

El pintor vasco Cabanas expone obras en las que palpita alguna escondida virtud pictórica. Paradigma «sui generis» de ello es *Rincón de calle vasca*. El resto navega sin timón por un mar de lugares comunes y de entrega a excesos del peor gusto. Hay unos paisajes que ruborizarían la paleta del más modesto estudiante de nuestra Facultad de Bellas Artes. La mayor parte de las telas de esta exposición están trazadas bajo ese módulo de pintura vasca estereotipado. Las mismas imágenes de rudos y viejos marineros de Ondárroa, de Orio, la misma luz violada del Cantábrico, las mismas abuelas campesinas...

Exaltación de las virtudes terrícolas, pinturas de excesivo objetivismo formal: escenas campesinas, romerías, danzas, rincones de pueblos encaramados en las cumbres que miran al perlado mar del norte. Evocación de costumbres ancestrales: aldeanismo, el pan, la panzuda jarra de vino. Imágenes que conmueven las fibras recónditas y sensibles de viejos inmigrantes, cuyos ojos se conmueven ante los rincones gentilicios.

Yo no dudo que estos artistas hayan pintado en otros años con un mayor vigor, con más pasión y, sobre todo, con mayor sinceridad. Si pretenden llevar hoy a sus telas, como se ha dicho por alguien, «una España vieja y pensativa de balcones, celosías, escudos y rejas», tendremos siempre frente a nosotros una España falsa, una España sin vigor vital y que sólo vive devorándose a sí misma. Surgirá, por lo tanto, una pintura que será el equivalente vasco de la «españolada».

Cabanas Oteíza no ha podido reconciliarnos con ese arte lleno de alifafes.

Otras exposiciones

Consignemos para la historia de nuestras actividades artísticas las exposiciones celebradas en el pasado mes.

Carlos Bonomo ha colgado en la Sala del Banco de Chile una treintena de obras que han llamado la atención del público por las buenas condiciones que acusan en su autor. Se trata de un arte muy veraz y sincero dentro de las normas de respeto a la tradición.

El dibujante Dorlhiac ha superado, en su última exposición en la misma Sala, el favorable juicio que su obra—hecha de disciplina técnica y de una humilde poesía del trazo—había merecido en años anteriores.

Celia Leyton. Aporte a la chilenidad como parece pretender la pintora, pero no al arte, que suele ser cosa distinta.